

Primer levantamiento del árbol genealógico de una estatua pascuana

(Variaciones sobre un tema indígena de la isla de Pascua)

Escribe: JORGE ZALAMEA

*El agua marina
se convirtió en espuma de playa;
la espuma se convirtió en hierba sobre la tierra;
la hierba se convirtió en liana sobre la roca;
la liana se convirtió en vena de la misma roca.*

*La golondrina marina
se convirtió en gaviota:
negra era y se hizo blanca.*

*La gaviota blanca se convirtió en papagayo de muchos colores;
el papagayo-arco-iris se convirtió en buitre de oscuro buche;
el buitre de oscuro buche se convirtió en ocelado milano.*

*Del guamo
de tales transformaciones
nació el murciélago
de tenebrosas alas.*

*El frote de la piedra
engendró la chispa;
la chispa engendró la llama;
la llama engendró la lava.*

*Con la lava
se hizo la estatua.*

*La estatua
que tiene porosidad de espuma,
el óxido amarillo de la hierba,*

el terco nervio de la liana,
la vena mineral de la roca,
el sucio blancor de la gaviota,
el escándalo del papagayo,
la taciturna voracidad del buitre,
el ojo cristalino del milano.

¡Y la chispa, la llama y la lava!

Así nació la estatua
que nos mira sin vernos,
que nos acecha ignorándonos,
que nos amenaza sin temernos.

Muda,
quieta
la estatua
hecha de espuma,
de pájaros,
metales,
patinada por el guano
chorreante en largos siglos
de los murciélagos infernales...

Engendrando en silencio
bajo las lágrimas del guano
enigmas y misterios.

OFRENDA

(Variaciones sobre un texto de Saint-John Perse: *MARES: Las Trágicas* vinieron...).

Depilamos las largas mechas de nuestras axilas de grandes leonas cautivas. El acre vello ocre, negro, rojo o rubio, o color de bellota calcinada que nos adorna y mancha, depilamos.

Depilamos los tazones gemelos en que la lengua del Amante busca las salazones del deseo. De sus pilosas hiedras despojamos los pozos ocultos bajo nuestros largos brazos,

para ofrecer intactas sus tibias, húmedas cavidades a las confesiones más secretas y a los sollozos más inesperados del hombre-niño que nos cubre y saquea.

* * *

Depilamos las largas guedejas encrespadas sobre la abertura mediana de nuestros cuerpos veleros. Nuestros hosclos vellocinos depilamos. Nuestras barbas secretas depilamos. Nuestros ocultos bucles depilamos como ofrenda la novicia sus trenzas olorosas a soledad, marchitas de soledad, entre el plañir del coro y el celoso mugir de los grandes órganos de enhiestas cañas de madera y oro.

Depilamos el sello triangular que marca y divide nuestras ingles puras; el sello triangular que encierra el ojo implacable que acosa en el desierto de los siglos al traidor fugitivo.

Los zarcillos de nuestra vid ofrendamos;

Las ondas de nuestro delta, ofrendamos;

Los rizos de nuestra proa, tan abundantes como los bucles en la testuz del joven búfalo, ofrendamos;

El zarzal que defiende nuestra entrada como la verja heráldica y poblada de abejas que custodia la casa, ofrendamos;

Las algas lucientes de cristales salinos que ocultan la escotadura de la vulva y la pulpa purpúrea del molusco tintorero, ofrendamos;

...“en el escudo sagrado del vientre, la máscara pilosa del sexo”, ofrendamos.

Para entregar, pulcra y sin mancha, nuestra tierna entraña al mudo furor del ariete, guarnecido de oro y con terca y torpe testuz de morueco, del impaciente dios salaz que nos cubre y saquea.